

Al ruido que produjo la puerta, volvióse y vió llegar á la señora de Lebreton, muy seria, muy ceñuda.

— Mil perdones, caballero — murmuró con acento tembloroso, que no lograba disimular. — Había salido... Lamento mucho que no se lo advirtieran y que le hayan hecho perder el tiempo.

— Me lo advirtieron, señora — contestó Francisco, inclinándose cortésmente — pero añadieron que estaba usted en la iglesia y que volvería pronto... Me he tomado la libertad de esperar... Esto no es perder el tiempo.

— Por lo menos es emplearlo mal — objetó la dama, secamente, quitándose los guantes con ademán de impaciencia.

— ¿ Que le pasa hoy? — se preguntaba.

De repente se acordó de que volvía de la iglesia.

— ¡ Ah! — se dijo — ¡ Ahora lo comprendo todo! Viene de ver al Párroco y éste le ha hablado mal de mí...

— ¿ He sido indiscreto, señora? — preguntó, mirándola fijamente.

— Por parte de usted no ha habido indiscreción, toda vez que Celia creyó que debía invitarle á que me esperase... Pero — añadió, ruborizándose leve-

mente — para otra vez, ruego á usted que no proceda de un modo tan diametralmente opuesto á nuestras costumbres... Aquí se murmura por todo y no conviene dar que hablar á la gente.

La viuda se expresaba con laconismo, entrecortadamente, sin mirar al visitante, volviendo á medias la cabeza hacia la jardinera, arrancando tallos y flores de la planta.

— ¡ No me equivoqué! — pensó Francisco. — En esto anda la mano del Cura. Bueno, señor Rector, ¿ me provoca usted?... Pues adelante. ¡ Donde las dan las toman! ¡ Allá veremos quién gana la partida!

Avanzó unos pasos, se colocó frente á la viuda y, lanzándole una mirada cariñosísima, murmuró:

— Señora, ha sido usted, hasta hoy, tan amable y bondadosa para conmigo, que confío en que me dispensará el favor de explicarme la causa de esta brusea severidad... Le suplico que me hable francamente: confiese que la han excitado contra mí.

Adriana volvió á ruborizarse.

— Sí — contestó. — No tengo la costumbre de disimular lo que siento, y prefiero hablar claro... Sí, señor; se cree que son demasiado frecuentes

sus visitas á la Mancienne. Me advierten que he procedido mal recibéndole en la intimidad, y que, en la posición mía, su presencia aquí es comprometedora... Por mi parte confieso que no había visto ningún inconveniente, y hago justicia al añadir que usted no ha dado pretexto alguno para que me acusen y murmuren... Pero, ya sabe lo que es vivir en un pueblo, y lo que es la mala intención de la gente.

— Lo sé — exclamó Francisco, con amargura. — Y supongo que no me habrán tratado con suavidad... Pero, de usted, señora ¿qué pueden criticar?...

— Se me censura por haberle abierto á usted con demasiada facilidad la puertas de esta casa... ¡Oh! Crea, caballero — prosiguió, juntando las manos y levantando hacia él las pupilas húmedas — ¡crea que me resulta penosísimo repetirle estas cosas, y que lamento profundamente lo que ocurre!

— Quede con Dios, señora — contestó fríamente el guarda-general, tomando el sombrero. — Sólo me resta pedirle perdón por las molestias que le he ocasionado, y darle las gracias por las bondades que me ha dispensado...

Acompañó las palabras con una mirada profunda, entristecida.

— Quede con Dios, señora — murmuró otra vez, inclinándose y dirigiéndose lentamente hacia la puerta.

La viuda pensó que aquel hombre se marchaba ofendido y humillado, que nunca más volvería á la Mancienne, que entre ellos todo había concluído... Se le oprimió el corazón, el amor triunfó de la prudencia, y llamó al joven.

— Señor Pommeret — le dijo — No quiero que nos separemos enojados... ¡No se vaya de ese modo! Francisco se detuvo.

— ¿Se ha disgustado usted conmigo, porque le hablé con franqueza? — insinuó Adriana, con acento extraordinariamente dulcificado.

— No, señora.

— Entonces ¿por qué me abandona usted tan bruscamente?...

— Porque, desde el momento en que no debemos volver á vernos, una separación brusca es el partido más prudente... el menos cruel... para mí, al menos.

La señora de Lebretón había vuelto la cabeza y fijaba obstinadamente los ojos en las flores bordadas de la cortina.

— Se expresa usted — exclamó — con amargura que me demuestra lo mucho que lo he enojado.

— Mi enojo va contra la gente murmuradora, chismorreante, que ha ocasionado á usted este disgusto.

— Sí ¡ es muy antipático ! — afirmó Adriana, contrayendo nerviosamente las manos. — ¡ Hay gentes tan malas que ven el mal en todo !... Si les prestase oído, se acabaría por creer en cosas en las cuales nunca se ha pensado.

Francisco colocó de nuevo el sombrero sobre un velador y se acercó poco á poco á la viuda.

— ¿ Tantos horrores le han contado á usted, de mí ? — preguntó con acento insinuante.

La dama se encogió de hombros y guardó silencio.

— ¿ De qué crimen me acusan ?

— No se trata de crimen... No insista usted... Vergüenza me daría tener que repetir los absurdos que han imaginado.

— Y, sin embargo, deseo que usted me los cuente — manifestó el joven, lanzando á la señora de Lebreton, una mirada tiernísima, que le produjo turbación deliciosa. — Todo acusado tiene el derecho de conocer los cargos que se le hacen.

— ¡ No ! ¡ No puedo !... — balbució Adriana.

— Permítame, siquiera, que trate de adivinarlos... ¿ Se me acusa por venir á la Mancienne ?

— Es verdad.

— ¿ Y se añade que mis visitas son comprometedoras, porque encuentro placer excesivo en contemplar á usted... porque amo á usted ?...

La viuda hizo un gesto afirmativo, y, en el colmo de la confusión, se sentó en un extremo del diván y se cubrió los ojos con una mano.

— Pues bien : ¡ Tienen razón y dicen la verdad exacta !... ¡ Yo amo á usted !

La señora de Lebreton permanecía inmóvil, desconcertada, aturdida. Esta declaración de amor — la primera que le habían dirigido — la asustaba y la embriagaba al mismo tiempo. La oía como se oye una música extraña y suave ; no osaba moverse, cual si temiera, con el menor movimiento, ahuyentar esta sensación nueva, que saboreaba con la voluptuosa inquietud propia del placer prohibido.

— Sí — continuó el joven, inclinándose hacia ella. — ¡ La amo !... Y usted siempre lo hubiera ignorado, si otros, más perspicaces, no lo hubiesen advertido.

Involuntariamente, Adriana hizo un signo con

la cabeza. ¿Era para afirmar su completa ignorancia ó, por el contrario, para insinuar que ella lo había adivinado todo antes que los demás?... Francisco Pommeret interpretó el gesto en este último sentido, porque, con audacia que estaba en pugna con la humildad de sus palabras, se sentó junto á la viuda, exclamando :

— ¿Cómo? ¿Lo sabía usted?...

La señora de Lebreton no podía hablar; los sonidos no le salían de la garganta seca. Como única respuesta juntó las manos con expresión suplicante, como para pedirle que no continuase preguntando. Al efectuar este movimiento, dejó al descubierto el rostro, y Francisco pudo ver dos lágrimas que rodaron evaporándose al calor de las mejillas encendidas por el pudor.

— ¿Lo sabía usted? — repitió. — ¡Y yo le he hecho llorar! ¡Ah! Déjeme implorar perdón por las pesadumbres que le proporciono.

La vista de las pupilas brillantes y húmedas, y de las mejillas ruborosas, trastornó al joven. Se arrodilló ante Adriana y, á pesar de su resistencia muda, le cogió las manos y las oprimió apasionadamente.

El peligro de la entrevista íntima se complicaba con sensaciones más agudas y embriaga-

doras. La presión de las manos, estrechamente unidas, el roce con la falda negra que trascendía á devoción, el contacto de las rodillas de Adriana, todo, en fin, constituía un conjunto de seducciones irresistibles para un joven cuya fogosidad se había aumentado por virtud de seis meses de vida ejemplar. La señora de Lebreton se le antojaba más encantadora aún que la noche del paseo á la luz de la luna. Positivamente estaba enamorado. Respecto á ella, baste decir que nunca experimentó lo que en este momento experimentaba. La brusca explosión del amor la cogía desprevenida; novicia en punto á emociones semejantes, se hallaba desarmada y sentía vértigos. La pesadez adormecedora producida por el ambiente caliginoso de esta tarde de Julio, la debilitaba más aún.

Profundo silencio reinaba en la habitación, completamente cerrada; tras las cortinas y persianas, se adivinaba, merced á una vaga reverberación áurea, la violencia del sol que, afuera, bañaba con sus rayos implacables el jardín donde las flores languidecían semiagostadas. Entre los cristales y la fina tela del visillo, una mosca, aprisionada, zumbaba, se callaba y volvía á zumbar. Y, en medio de este silencio, Francisco, siempre

arrodillado y cada vez más ébrio de pasión, pronunciaba palabras breves, entrecortadas, apenas inteligibles, como un estribillo siempre idéntico y siempre delicioso:

— ¡La amo á usted!... ¡Es usted mi pensamiento constante!... ¡Mi única adoración!

Adriana escuchaba, con los ojos cerrados, las palabras de amor cuyas sílabas acariciadoras se le deslizaban como filtro mágico, penetrándole por los oídos, vírgenes hasta entonces de semejante música. Y se dejaba arrullar y adormir por la letanía de ternura, y con esfuerzos podía entreabrir los labios para murmurar, como en sueños, tímidas é inútiles súplicas.

— ¡Cuidado!... ¡Por favor!... ¡Levántese!... ¡Se lo ruego!... ¡Si alguien viniera!...

Nada había en tales protestas encaminado á enfrenar el arrebató de Pommeret; al contrario, el joven encontraba casi una autorización tácita para ir más adelante. Estrechando las manos de la viuda, las cubría de besos, repitiendo:

— ¡No he querido á nadie, hasta conocer á usted!

— ¡No se burle de mí! — contestaba balbuciente la señora de Lebreton — ¡Tenga juicio!... ¡No siga de rodillas!

El guarda-general se levantó, efectivamente, pero

fué para sentarse cerca, muy cerca de Adriana, y al hacer ésta un movimiento de espanto, la estrechó entre los brazos. Tan aturdida se sintió ante aquel nuevo rasgo de audacia, que apenas supo defenderse. Entornó los párpados, y, confusamente, creyó ver en la lejanía la sombra del confesonario, y, vagamente, le pareció oír la irritada voz del Párroco, diciéndole: — « ¡Ese joven la ama á usted! » Y era muy cierto: la amaba; la amaba y se lo susurraba dulcemente al oído.

— ¡Ah! — balbució. — ¡Eso está mal hecho!... ¡Muy mal hecho!... ¿Por qué habré conocido á usted?... ¡Déjeme! — añadió, temblorosa, escapando de los brazos de Francisco.

En el preciso instante en que se desasía y procuraba serenarse, sonaron dos golpecitos discretos en la puerta del gabinete. El joven retrocedió instintivamente; la señora de Lebreton se levantó...

— ¡Adelante! — dijo á media voz.

Era Celia, la doncella, que entreabrió la puerta y asomó la cara hipócritamente amable.

— ¿Para qué ha llamado? — preguntó con enojo la dueña de la casa, cuyo orgullo se había exasperado de repente ante la idea de aquella precaución inusitada é injuriosa. — ¿No podía usted

entrar sencillamente, como de costumbre?...

— Venía á anunciarle á la señora que la comida está servida, y creía, y temía...

— ¡Basta!... Para otra vez, puede suprimir ese excesivo celo...

Y, como para demostrar que estaba muy por encima de semejantes suposiciones, añadió, volviéndose á medias hacia Francisco :

— Ponga otro cubierto; el señor Pommeret come conmigo.

V

Las primeras semanas de Agosto habían sido muy borrascosas; llovió abundantemente, y los jardines de la Mancienne se hallaban aún abri-llantados por el agua. El Aubette, bruscamente engrosado, cambió en torrentes las cascadas artificiales del parque; los taludes y los cuadros de césped, aun conservaban las huellas del légamo que dejó la inundación. El huracán azotó la arboleda; multitud de ramitas, tallos y hojas verdes cubrían la superficie del estanque, y los rosales, encorvados á ras de tierra, dejaban caer sobre la